

# *El exilio interior*

*La vida de María Moliner*

**INMACULADA DE LA FUENTE**

**T**

**TURNER NOEMA**

**a**

**b**

**c**

**d**

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Presentación: La bibliotecaria que soñaba palabras](#)

[Primera parte](#)

[I Una vida, un secreto](#)

[II Simancas, ida y vuelta](#)

[III “Los recuerdos se queman”](#)

[Segunda parte: El exilio interior](#)

[IV Se hizo de noche](#)

[V El exilio interior](#)

[VI Tiempo de resurrección](#)

[Árbol genealógico](#)

[Fuentes y notas](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

## Fotografías

# *El exilio interior*

*La vida de María Moliner*

**INMACULADA DE LA FUENTE**

**COLECCIÓN NOEMA**



Título:

*El exilio interior*

*La vida de María Moliner*

© Inmaculada de la Fuente, 2011



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Primera edición: marzo de 2011

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

Se ha hecho el mayor esfuerzo por contactar con los titulares de los derechos de las fotografías que aparecen en el presente libro. Cualquier omisión será debidamente corregida en subsiguientes ediciones. Agradecemos su colaboración al archivo de la revista *Trébede*. Cuando no se especifica otra cosa, todas las imágenes son propiedad de la familia Moliner y no pueden ser reproducidas sin su permiso.

ISBN EPUB: 978-84-15427-05-6

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

A mi hija Ana, que me ha regalado tantos fines de semana para compartirlos  
con María Moliner.

Las obras de arte nacen siempre de quien ha afrontado el peligro, de quien  
ha ido hasta el extremo de la experiencia, hasta el punto que ningún  
humano puede rebasar.  
Cuanto más se ve, más propia, más personal, más única se hace una vida.  
R. M. Rilke

En todo momento he obrado o he dejado obrar por motivos de conciencia, y  
nunca por consideraciones de cautela; de modo que en todo lo hecho por mí  
aparece mi auténtica personalidad.  
María Moliner, 8 de septiembre de 1939

Mi obra es limpiamente el Diccionario.  
María Moliner, 1972

# PRESENTACIÓN

## LA BIBLIOTECARIA QUE SOÑABA PALABRAS

Si te escucharas, mar, si tu lenguaje  
pudiera, mar, ser otro,  
¿qué palabras dirías?  
Rafael Alberti



María Moliner, con un nieto en brazos y varios familiares más, en el jardín de la Pobla donde pasaba los veranos y donde escribió parte de su Diccionario.

*L*a luz solar, esa luz temprana de todos los veranos, contiene una señal. Una consigna tácita que María Moliner atiende sin vacilaciones. Su aparición en la lejana playa anticipa el ritual diario que se inicia en la casa próxima a la costa que habitan ella y su marido, Fernando Ramón, durante las vacaciones. En poco tiempo la luz se extiende sobre el pequeño chalé de la



Pobla de Mont-roig, en Tarragona. En la vivienda apenas hay signos de movimiento. Pero ella ya está en pie. María Moliner se acerca con pasos rápidos al cenador, situado junto al árbol que ha plantado con sus propias manos, y toma posesión del patio. Sobre la mesa, una gran rueda de cemento, se encuentra el tapete que ha mandado colocar y que gracias a una cinta elástica permanece liso y ajustado. Sin distracciones. Esa mesa es su despacho estival. Aquí deposita sus útiles, su máquina de escribir, esa vieja Olivetti Pluma 22 que la acompaña desde hace años, sus fichas, algunos libros de gramática... Su tesoro, su memoria, su porvenir. Todo bajo control. Antes de inclinar la cabeza sobre las fichas y cotejar las referencias, pasea su mirada curiosa y socarrona alrededor de una geografía que forma parte ya de su identidad. Hermoso lugar para quedarse a vivir, para soñar palabras y trazar sus sombras y sus límites. Aspira el aire marino que le llega de la costa, a un kilómetro de la casa; el aroma insoslayable de la naturaleza que la rodea, la presencia latente de sus nietos que, dentro de unas horas, despertarán para vivir una jornada de playa o bicicleta. Siente todo eso, pero sobre todo experimenta un silencio absorbente. Ya está en su burbuja interior. Concentrada en su creación, en esa construcción en marcha con tantos detalles por completar y concluir: nuevas fichas, y más entradas que exigen alargar textos acabados. Y todo lo que tal ampliación conlleva: comprobar etimologías, completar familias, ajustar catálogos...

No importa. Su trabajo es impagable en todos los sentidos. Ante todo porque es algo esencial, estimulante. Se encuentre en Madrid, donde trabaja casi todo el año, o en la Pobla, el Diccionario va con ella. Es su inseparable compañero desde hace tiempo. Solo ella puede llevarlo a cabo. Todo él está en su cabeza. Pero el Diccionario es también el gran reto, la obra colosal que llegará a su fin algún día con la ayuda de un puñado de colaboradores.

Mientras su cerebro trabaja, siente a los suyos cerca, en la cómoda distancia que le permite concentrarse para que su labor de lexicógrafa avance. Y al mismo tiempo se siente sola, segura. Aspira sin esfuerzo el aroma de los pinos mezclado con el aire salado que trae la brisa. La cercana fragancia del eucalipto, la proximidad de la higuera. Apenas presta atención a este perfume que le entrega en silencio la naturaleza. Ya está trabajando sin levantar la cabeza de sus fichas. Una mezcla de felicidad y responsabilidad. Ella es cerebro y acción, y allí está toda la intensidad que siempre ha buscado. Hay que hacerlo bien y hay que darse prisa, hay que seguir

pulsando la máquina, no se puede dejar a medias lo emprendido. ¿Acabará por fin el siguiente verano? Tiene que espabilarse, ya se ha puesto varios plazos y ha tenido que prorrogarlos. Son plazos que ella misma se impone, que nadie le exige, aunque sabe que hay ya cierta expectación sobre el Diccionario, una impaciencia contenida. Los suyos respetan su obra, la esperan, pero también anhelan que la acabe. Y que la acabe bien. Igual que ella. Solo puede dar por concluida la tarea de una forma: bien. Convencida. Segura de que no cabe ya más perfeccionismo ni más dedicación.

El mediodía señala las horas transcurridas. El sol adquiere cuerpo y presencia y, un rato después, la empleada doméstica empieza a cocinar el almuerzo. Se impone un descanso. El cenador queda listo para el mantel y la familia se reúne en torno a la mesa. La abuela se siente a gusto con sus nietos, algunos veranos pueden juntarse los trece, si coinciden sus cuatro hijos con sus respectivas familias. A María Moliner se le olvida entonces que ese es su rincón de trabajo. La familia es uno de sus ejes vitales (lo fue ya de niña, con su familia de origen). El otro eje es la ambición de ser y hacer. Pero ahora son los suyos los que ocupan el presente. Y ella es ante todo una abuela cariñosa. Así la evoca su nieto Fernando Pitarch Ramón. Después de la comida vendrá el descanso, la pequeña siesta de todos los días, el silencio reparador.

El cenador vuelve a quedar vacío a media tarde. En el rincón predilecto de María Moliner reina otra vez la calma. La espera de nuevo. El Diccionario, su obra, vuelve a llamarla. Allí acude poco antes del atardecer con sus útiles de trabajo. Qué belleza la de esta tarde, a pesar de algunos vahos de calor. El leve balanceo de las ramas del eucalipto le envía un suave viento que traspasa su piel. Sí, en aquellos momentos era feliz. Tan feliz como solo ella podía serlo cuando se entregaba a algo. Secretamente.

Amaba aquella tierra. Se había enamorado de aquella casa que ella y su marido compraron en torno a 1941. Aunque María en realidad se identificó con la Pobleja la primera vez que Fernando Ramón le mostró Tarragona y la llevó al pueblo donde había nacido, Mont-roig, cerca de Reus. Soñaba con volver a aquella casa. Le gustaba vivir allí en los meses de verano. Un verano largo, gracias a que su marido era catedrático y ella funcionaria. Amaba aquellas tierras algo rojizas, los higos chumbos, los algarrobos y los avellanos. Desde el verano del 42 no dejaron de ir ningún año. Iban primero desde Valencia y luego desde Madrid, hasta que María enfermó, a mediados

de la década de 1970. Después del verano de 1974, ya no regresó. Como era una casa pequeña, aprovechaba también el garaje: puso allí unas literas para que descansaran los niños. Le gustaba organizar los espacios, a fin de hospedar a toda la familia cada verano. Incluida su hermana Matilde y los suyos.

Ya está acabada la letra M. Definitivamente. Ya no hará más ampliaciones de esta larga, elegante y prolífica letra que había revisado varias veces. Tocaba finalizar.

Pero la cabeza sigue allí, en el cenador, haciendo balance del día. La investigadora se quita por un momento las gafas y trata de captar el lenguaje de los árboles y plantas que le acompañan. Qué belleza la de las palabras, con su lógica maravillosa, con ese sentido interno que transmite toda una visión del mundo. Mar, marino... O pinar... Pronto revisará la P, otra letra con entradas extensas... Qué agotadora actividad. Pero no debe parar. Y además no piensa abandonar. Esta obra ciclópea es una de las razones que la empujan a levantarse cada mañana como si la vida le perteneciera. Antes hubo otras razones. Tantas. Y las sigue habiendo, claro. Pero hubo un día lejano, el 29 de marzo de 1939, en que algo de ella empezó a morir. Y de hecho murió mientras al mismo tiempo vivía, y no demasiado mal. Hasta que llegó el momento de volver a mirar atrás, y entonces sintió que lo que parecía muerto empezaba a resucitar. El Diccionario había sido su resurrección. Su quinto hijo.

No permitiría que le llegase la vejez antes de terminar su obra, su compromiso. No permitiría tampoco que esta obra la dejara sin aliento. Aunque, ¿qué hará después? Nada será ya tan importante como el Diccionario...

Empieza a irse la luz, y el cansancio le obliga a interrumpir la labor. Aunque la luna descendiera a la mesa hoy ya no podría seguir trabajando. Mañana, sí, no hay duda. Convendría que alguna de sus colaboradoras comprobara los catálogos para que ella pudiera seguir en línea recta. Está decidido: escribirá a María Ángeles mañana mismo.

María Ángeles de la Rosa recibió el telegrama de doña María mientras descansaba en Santander, donde pasaba el verano. “María Ángeles, por favor, necesito que vengas a la Poblá. Te espero”. El telegrama se perdió en alguno de los traslados y mudanzas de María Ángeles de la Rosa. En aquel momento, verano de 1959, la destinataria no creía que estaba haciendo

historia, aunque sí sabía que, al trabajar para María Moliner, estaba contribuyendo a sacar adelante una gran obra. María Ángeles no se lo pensó demasiado. Se encontraba con su familia y no había estado nunca en Tarragona, pero se dispuso a viajar enseguida. Tenía veintisiete años y ya había trabajado en otras ocasiones con María Moliner en su casa de Madrid, en la calle Don Quijote esquina Raimundo Fernández Villaverde. Con cierto pudor, De la Rosa recuerda que esos días se encontraba un poco débil, afectada por las secuelas de una indisposición estival. Pero le llenaba de orgullo que María Moliner la necesitara. Pasaría en la Poble el tiempo que fuera necesario.

Al llegar a Poble Oriola, que así llamaban a la villa, después de rebuscar en apellidos de antepasados, los hijos de María Moliner, esta precisó a María Ángeles sobra que iba a ser su invitada, además de su colaboradora. Era tiempo de vacaciones, recordó doña María, así que solo le pidió unas horas diarias de trabajo. Ni siquiera tenían que estar juntas en todo momento. María Ángeles tenía su tarea: comprobar fichas y catálogos, que podía hacer en algún lugar del patio o en su habitación, mientras la lexicógrafa seguía su propio ritmo. “Me dijo que podía ir a la playa o pasear en bicicleta. Y lo hice, pero pocas veces. La veía trabajar tanto que yo no podía relajarme demasiado. Algunas noches, cuando todos dormían, o así me parecía, yo misma seguía revisando fichas para no quedarme atrás. Ponía una toalla doblada tras la puerta, en el suelo, y así me aseguraba de que no me descubrieran”. Además de aquel trabajo artesanal, recuerda momentos de expansión, o situaciones relajadas. Durante unos días de aquel verano, María Moliner dio permiso a la empleada doméstica para que se tomara un descanso, y se quedaron en la Poble el matrimonio Ramón-Moliner con María de los Ángeles.

Para organizarse con las comidas, María propuso que ella se encargaría de hacer el segundo plato, siempre más complicado, y María Ángeles haría el primero. A María, como a muchas intelectuales, las tareas domésticas no le interesaban, y no tanto porque fueran onerosas, sino por el tiempo que le quitaban de hacer otras cosas importantes. Aun así, como todas las mujeres de su generación, sabía hacerlas si era necesario. La cocina no formaba parte de sus devociones, pero tenía unas pocas especialidades para salir del paso. Su sobrina Matilde Arévalo Moliner recuerda aún unos panecitos con jamón

serrano y algo más, probablemente tomate, que le parecían deliciosos. Los hacía en las fiestas, cuando se reunía mucha gente, y en la Pobla.

#### LA LUZ RECOBRADA

Moliner fue feliz en aquel rincón soleado de Tarragona a pesar del trabajo que se le acumuló en la década de 1950 y parte de los sesenta. Aquella luz que la enamoró desde el primer momento fue su regalo diario cada verano durante más de treinta años. Una luz inalterable. La luz recobrada, tras la oscuridad de la década de 1940, cuando en su vida se hizo de noche. Un tiempo de penumbra que desaparecía cuando llegaba a la Pobla. Un tiempo muerto alejado ya definitivamente de su vida.

Hubo veranos en los que apenas traspasó el exterior de ese paraíso que fueron para ella el cenador y sus alrededores. En los momentos de mayor intensidad en el trabajo apenas se acercaba a la playa en vacaciones. Matilde Arévalo recuerda que su tía mantenía la piel blanca los veranos en los que trabajó en el Diccionario; no quedaba tiempo para dedicarlo al bronceado. Su hermana Matilde Moliner, madre de Arévalo, por el contrario, era asidua de la playa cuando iban a la Pobla. María estaba en otro mundo; era rehén del Diccionario, de su compromiso consigo misma, de su tozudez. El sol la acompañaba y a la vez la libraba de su tiranía: su rostro permanecía terso, sin la huella de bronceados sucesivos. Su cuerpo, en cambio, se iba gastando, de tanto inclinarse sobre la mesa, la máquina de escribir, las fichas.

Qué pena tener tan cerca la naturaleza y limitarse a observarla para dedicarse por completo a las palabras. Pero qué dicha dialogar con esas palabras y sus acepciones y pelearse con los catálogos en un lugar tan bello. El patio y los alrededores constituían en algunas estaciones del año un vergel. El masovero cuidaba la tierra, sacaba sus productos y la mantenía. Que María no pudiera dedicar parte de los veranos de la década de 1950 y principios de la de 1960 a sestar fue cosa del destino que cada uno elige sin medir o conocer bien las consecuencias.

Probablemente supo que la vida estaba en las palabras. Probablemente se dio cuenta de que a pesar de la victoria aliada y de la condena del nazismo, Franco no abandonaría el poder. Y que todo seguiría igual. La misma nada. Frente a aquella indigencia moral, su mente se rebeló. Frente a la penumbra

exterior, la luz interior. Sus cuatro hijos ya habían cumplido veinte años y no la necesitaban, pero ella cultivó hasta el final la coquetería de afirmar que entregó a su obra parte de la atención que hubiera querido seguir prestándoles a ellos. Mientras, la vida acontecía, la autarquía perdía fuerza y el país se desperezaba gracias al cine americano, la emigración y el turismo.

Matilde Arévalo recuerda un verano en que a los chicos de la familia que estaban en la Población les tocó hacer fichas, inicialmente a una peseta la hora. La década de 1950 enfilaba ya la siguiente y María Moliner no veía el fin de su obra ni daba por concluidas algunas de las tareas ya finalizadas. Porque no se trataba de hacer un diccionario más. Uno de sus mayores empeños fue revisar las definiciones de la Real Academia, redactarlas de nuevo y relacionarlas entre sí por familias. Una obra titánica.

Cruzaría la década de 1960 para concluir la magna obra. En los comienzos, Rafael Lapesa y otros académicos que vieron las primeras fichas la avalaron sin vacilar. Sopesaron su publicación en los sellos más conocidos y se cuenta que algún editor se echó atrás ante las dimensiones de la empresa. Finalmente sería Gredos la afortunada. En parte porque Dámaso Alonso, buen conocedor de la trayectoria de María Moliner, dirigía la colección principal de la editorial. En parte porque sus editores supieron adelantarse y ver en aquellas fichas toda la erudición y sistematización de la lexicógrafa, su visión del idioma. El primer contrato entre María Moliner y Gredos se firmó en una fecha temprana y poco divulgada, en 1955. Todos sabían que María necesitaba tiempo y que el *Diccionario de Uso del Español* tardaría en ver la luz. La editorial sencillamente se adelantó para asegurarse su publicación. Moliner, además, prorrogó su tarea más allá del tiempo estimado. Y cuando al fin entregó el material se dio cuenta de que el proceso de edición iba a ir más lento de lo que esperaba. Ponerlo en marcha también planteaba retos a la editorial que dirigían Hipólito Escolar, Valentín García Yebra, José Oliveira y Julio Calonge. *El Diccionario de Uso del Español* estaba ya en su recta final. Era una obra ingente, innovadora, personal. Dirigida por una sola mujer que había contado con colaboradores fijos o esporádicos en determinadas fases del proceso. Pero no era fácil componer una obra prolija y minuciosa que incluía en algunas entradas verdaderos tratados gramaticales. Había que cuidar los detalles para que la edición tuviera un resultado tan brillante como merecía el empeño de su autora.

Esta, sin embargo, empezaba a impacientarse. Pero ¿a qué esperaban?, se preguntaba algunos días. No es extraño que Moliner quisiera insuflar su entusiasmo y decisión a sus editores, demasiado lentos a su juicio. Había consumido gran parte de su energía en una obra que estaba a punto de entrar en imprenta, pero que por razones inexplicables, probablemente nimias, estaba parada. Su impaciencia quedó reflejada en una carta a María Ángeles, entonces fuera de España, que rezuma cierta rebelión:

Sábado, 2 de marzo

Aquí todo sigue igual. La misma tarea de siempre y la misma lucha con la editorial para que los correctores se pongan de una vez a corregir y que ya se empiece de una vez y sin interrupciones...

[...] Ya te das cuenta de que llegarás todavía a tiempo y muy a tiempo de ayudar hasta el final. El trabajo no mengua y cuando parece que ya no va a haber nada que hacer surge una cosa nueva, así es que Trini trabaja puede decirse que como siempre.

Así fueron los años previos a la publicación del *Diccionario de Uso de Español*. Moliner no dejaba de perfeccionar su obra con nuevas mejoras, a la vez que pedía a sus editores que fueran diligentes al incorporarlas. El gran objetivo de la lexicógrafa no era otro que lograr que el lector, el estudioso o el hablante pudiera nombrar las cosas y expresar conceptos y sentimientos con precisión. La gran obra de María Moliner no fue almacenar pilas de fichas, ni siquiera escribirlas a mano con bolígrafo o con su Mont Blanc o a máquina con su Olivetti. Ese fue el trabajo material y por tanto el más pesado. Pero su gran obra fue definir y ajustar los significados de palabras que ya existían, dotándolos de una mayor viveza. Su gran obra fue volcar su pensamiento y su mente ordenada en un universo de palabras complejo y arborescente.

Una intensa y agotadora labor intelectual que María Moliner compatibilizó con su otra vida, la de bibliotecaria en la Escuela Superior de Ingenieros Industriales, donde se jubiló el 30 de marzo de 1970. Dos vidas muy diferenciadas, en parte paralelas, que ella hizo converger.

En una de las muchas fichas manuscritas explica qué pretendía con su obra: “La estructura de los artículos está calculada para que el lector adquiera una primera idea del significado del término con los sinónimos, la

precise con la definición y la confirme con los ejemplos”. Pretendía que el lector comprendiera los conceptos y los usara como herramienta de comunicación escrita y verbal. Pretendía que su estructura mental privilegiada estuviera al alcance de todos los que se asomaran a sus páginas. Lo explicó ella misma en una pequeña anotación que tituló “Anuncio”: “La autora ha dedicado cuatro años al trabajo paciente pero, a la vez, fascinante, de desmenuzar entre sus dedos el tesoro devotamente guardado en el arca oliente a siglos del Diccionario de la Academia. Ha dejado intacto en el arca lo que es arcaico y, el resto, lo que es riqueza operante, lo ha ventilado y organizado en un despliegue pensado para que ninguna pieza pueda ser inadvertida y cada una se avalore con sus vecinas”.

Parecía un sueño, pero lo logró: ninguna pieza iba a pasar inadvertida ni a salirse de ese entramado de vecindades y relaciones que la enriquecían. Poner el punto final en ese mundo de palabras en movimiento fue la decisión más difícil. Y cuando así lo decidió, la autora dejó de ser un nombre para convertirse en una obra, como sentenció y anticipó Manuel Seco. Su Diccionario implicaba una ruptura, una refundación del diccionario oficial realizada desde la individualidad y la soledad de una investigadora. Era una obra de creación literaria y a la vez un compendio de filología. Aunque este segundo aspecto le fue negado por los filólogos oficiales, asombrados ante la empresa llevada a cabo por Moliner, pero poco dispuestos a valorarla por no ser de los suyos.

El primer tomo se publicó en 1966, el segundo en 1967. Una grata sorpresa en el enmohecido páramo cultural de la década de 1960. No en vano, entre 1966 y 1973 su figura y su obra adquirieron una formidable difusión. “Si yo me pongo a pensar qué es mi diccionario, me acomete algo de presunción: es un diccionario único en el mundo”, reconoció la autora. “Un diccionario de uso quiere decir que ayuda a usar el español”, precisó. El éxito del Diccionario facilitó que lo que había sido una resurrección personal pasara a tener una dimensión pública. Tanto es así que tres académicos, Pedro Laín, Rafael Lapesa y el duque de la Torre propusieron su candidatura a la Real Academia Española. Querían romper el maleficio secular que pesaba sobre la entrada de mujeres en la corporación. Los nuevos tiempos y la obra monumental de Moliner bien lo merecían.

“Mi biografía es muy escueta, en cuanto que mi único mérito es el Diccionario. Podría buscar en mi historia y encontrar algún artículo



ocasional publicado en algún periódico, pero nada que pueda añadir al Diccionario”, afirmó cuando se presentó su candidatura a la Academia. No era así, no era tan escueta. Quizá fue el pudor, o la necesidad de proteger su pasado republicano, lo que le llevó a minimizar su trayectoria anterior. Franco estaba aún en el poder. No era amnesia, era vivir el presente. Aunque tal vez, al colocar en el centro de su vida el Diccionario, destacaba que en esos momentos era su obra más cabal. Porque en 1966, al publicarse el primer tomo de su Diccionario, estaba haciendo historia, de nuevo. El pasado quedaba atrás.

No pudo ser. La Academia la rechazó al dar la mayoría de votos al lingüista Emilio Alarcos. Esta injusticia fue el germen de un reconocimiento popular que no ha dejado de crecer. Causó tanto asombro que los académicos no hubieran hecho un hueco en la corporación encargada de velar por la lengua a quien había entregado la vida a esa tarea, que la leyenda Moliner se empezó a propagar. Curiosa paradoja: el rechazo de la Academia impulsó su consagración. Con el paso del tiempo, no haber entrado en la Academia no le resta nada a María Moliner, y acaso sí a la Academia. A ella le habría hecho ilusión ingresar en una institución tan respetable, pero supo encajar la derrota con elegancia y dignidad. Lo que le importaba, además de la salud de su marido y la buena marcha de sus asuntos familiares, era que su Diccionario creciera, que tuviera vida.

Su afán perfeccionista y su singular visión de la realidad habían quedado ya reflejados en el párrafo final de la Presentación del Diccionario:

Por fin, he aquí una confesión: La autora siente la necesidad de declarar que ha trabajado honradamente; que, conscientemente, no ha descuidado nada; que, incluso en detalles nimios en los cuales, sin menoscabo aparente, se podía haber cortado por lo sano, ha dedicado a resolver la dificultad que presentaban un esfuerzo y un tiempo desproporcionados con su interés, por obediencia al imperativo irresistible de la escrupulosidad; y que, en fin, esta obra, a la que, por su ambición, dadas su novedad y su complejidad, le está negada como a la que más la perfección, se aproxima a ella tanto como las fuerzas de su autora lo han permitido.

Sus años finales los dedicó a añadir nuevas palabras y correcciones para la segunda edición de su gran obra. “Constantemente estoy viendo en los periódicos o en las novelas expresiones que anoto para incluirlas. Ya tengo una gran colección de adiciones. Si no me muriera, seguiría siempre haciendo adiciones al diccionario”, declaró a Santiago Castelo en 1972. Así fue, solo la enfermedad y la muerte detuvieron ese extenuante compromiso con las palabras.

El Diccionario era ella. Pero ella era mucho más que el Diccionario.

# PRIMERA PARTE

Sed buenos y no más.  
Antonio Machado

I

## UNA VIDA, UN SECRETO

Antes de todo lo demás está la infancia.  
La huella de los primeros años,  
los que deciden para siempre  
lo que vamos a ser.  
Josefina Aldecoa, *En la distancia*

Yo supe del dolor desde mi infancia,  
Mi juventud... ¿fue juventud la mía?  
Rubén Darío



María (a la izquierda), con su madre y sus hermanos, en una fotografía de estudio tomada en torno a 1911-1912 para enviársela a su padre, que estaba en Argentina.

*E*ran las diez de la mañana del 31 de marzo de 1900 y Felipa Oteo, partera de profesión, se presentó ante el juez y el secretario de Paniza (Zaragoza) para inscribir a una niña que había venido al mundo en la madrugada del día anterior. Aquella niña había nacido a las 2.00 horas del 30 de marzo y no era otra que María Juana Moliner Ruiz. No en vano solía decir que nació con el siglo, “en el año cero”, y en la localidad zaragozana de Paniza, en tierras de Cariñena. Su padre, Enrique Moliner Sanz (1860-1923), tenía 39 años y su madre, Matilde Ruiz Lanaja (1872-1932), 34. Felipa Oteo, de 62 años y viuda, era una institución en Paniza: había traído a este mundo decenas de niños, pero lo que no sabía es que el nombre de la pequeña que iba a inscribir en esa mañana de finales de marzo trascendería más allá del siglo. Ni menos aún que aquella niña escribiría un diccionario capaz de competir con el de la Real Academia de la Lengua. Una proeza que, como dice José María Viqueira, solo acontece cada cien o doscientos años. Como testigos de la inscripción de la pequeña María Juana en el Registro Civil actuaron el alguacil, Ignacio Serrano, y el cartero, Pablo Moliner. Este último, a pesar de llevar el mismo apellido, no tenía ningún parentesco con la recién nacida. No consta que el padre, Enrique Moliner, nacido en Illueca (Zaragoza), acompañara a la partera, ni se sabe si delegó en Felipa para no dejar sola a su esposa o por cualquier otra contingencia. Enrique Moliner era médico ginecólogo y ejercía como tal en Paniza cuando nació María Juana.

La madre, Matilde Ruiz, era natural de Longares, una población no muy alejada, situada en la depresión del Ebro. Felipa había prestado sus servicios en el parto y declaró que la niña había nacido viva en el domicilio de sus padres, en la calle Horno Alto número 4. María fue bautizada en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Ángeles. Probablemente esta primera salida a la calle le proporcionó a la recién nacida una breve y grata sensación que permaneció sin nombre en su memoria, una experiencia sin identificar a la que se sumarían las de otras mañanas bajo el aire y el sol de Paniza.

Tres años antes, el 15 de agosto de 1897, una semana después del asesinato de Cánovas del Castillo, bajo el telón de fondo de la guerra independentista de Cuba, había nacido su Enrique, el hermano mayor de María Moliner. En

esa ocasión la familia vivía en la calle Mayor, número 4, y el padre del niño se encargó de llevarlo ante el juez para su inscripción. Tras Enrique, nació Eduardo Federico, que tenía dos años cuando María vino al mundo, aunque murió antes de cumplir los cuatro años. El matrimonio Moliner-Ruiz tuvo siete hijos pero sobrevivieron tres: Enrique, María Juana y Matilde. Esta última nació el 7 de julio de 1904 en Madrid.

Paniza era entonces una población aragonesa de 1.654 habitantes, según el censo de 1910. Disponía de alumbrado eléctrico y teléfono y contaba ya con cierto tejido productivo, a pesar de su condición rural. Los buenos caldos de la zona aportaban una nota de color y prosperidad. El río Huerva regaba sus tierras por el sur y la carretera de Daroca a Zaragoza comunicaba el municipio con la capital. En este escenario dio sus primeros pasos María, y en sus calles y huertas estableció su primera conexión con la naturaleza. Un descubrimiento que le acompañaría de forma constante el resto de su vida. La naturaleza como descanso, fuente de belleza y motivo de aislamiento para pensar y estudiar en relativa soledad.

A finales del siglo XIX, en torno a 1897, el padre, Enrique Moliner, aparece registrado como médico cirujano en Paniza, con domicilio en la calle Mayor, 4. Era a su vez hijo de médico y el abuelo, natural de Foz Calanda (Teruel) y ya octogenario, ayudó en el parto del hermano mayor de María, Enrique. El médico, junto con el farmacéutico y el veterinario, constituían la Junta de Sanidad, encargada de velar por la higiene pública en lavaderos y espacios ocupados por animales. El 17 de septiembre de 1897, poco después de que naciera Enrique, el Boletín Oficial de la Provincia insertaba un anuncio solicitando médico en Paniza. “Por haber rescindido el contrato se hallan vacantes desde el día 1º de octubre las titulares de Medicina y Cirugía, Farmacia y Cirugía menor de esta villa; dotadas con el haber anual respectivamente de 750 pesetas, 500 pesetas y 150 pesetas, pagadas por trimestres vencidos del presupuesto municipal por Beneficencia; pudiendo los agraciados contratar particularmente con los vecinos”, rezaba el anuncio. Se ignora si esta publicidad respondía a una mera formalidad y si Enrique Moliner accedió a la plaza de Medicina y Cirugía que se anunciaba aunque se encontrara ya en la localidad, o si se trataba de una vacante distinta a la suya. Lo que sí se sabe es que permaneció en Paniza entre 1896 y 1902, año en que la familia abandonó Aragón.

María fue alimentada por un ama de cría en los dos años en que residió en Paniza. Vivía en la calle Mayor, como antaño los Moliner y se llamaba Silvestra Mata. El nombre le vino dado por haber nacido un 31 de diciembre, día de san Silvestre. A la par que criaba a sus hijos, Silvestra alimentaba a algunos niños de familias acomodadas. Aunque los padres de María contaban con dos sirvientas, Joaquina Sanz Romeo, de 19 años, y Ángela Lázaro Planas, de 14, todo indica que Matilde Ruiz necesitaba restablecerse y que su precaria salud y la atención a sus dos pequeños le impedían ocuparse directamente de la recién nacida. “Críala lo mismo que a tus hijos”, le dijo don Enrique, el médico, al entregarle a la pequeña María. Bien abrigada, la recién nacida apenas debió de sentir el leve viento mezclado con el aroma lejano de las vides que atravesaba Paniza cuando la trasladaron desde el domicilio de sus padres a su nueva casa. Los pasos decididos de quien la llevaba en brazos y el movimiento que de ellos percibía la niña probablemente fueran de su agrado, como lo sería en el futuro todo lo que implicara acción. Es posible que la mezcla de murmullos y el ajetreo de la calle tampoco la dejaran indiferente, y que asistiera entre veladuras a ese traslado que, a pesar de ser corto, constituía para ella una novedad. A través de esa fina capa transparente con que sus ojos entrecerrados captaban la realidad, quizá atisbó que aquel extraño mundo al que acababa de llegar se componía de sonidos y palabras, un doble reto a descifrar. Tal vez entonces María Juana Moliner añorara la tibieza de los brazos de su madre y la suavidad de los tejidos que aguantaron su peso en la cuna nada más nacer. Pero es posible que empezara a sentir al mismo tiempo una segunda nostalgia: el anhelo de salir a la calle de nuevo, la ligereza del viento sobre su cara, el movimiento mismo.

Natividad Moreno, nieta de Silvestra, recuerda a ráfagas lo que a ella le contaba su madre, Benita García Mata, sobre la actividad de su abuela. De los diez hijos propios que tuvo Silvestra, le sobrevivieron tres, pero logró sacar adelante a los de otros, entre ellos a María Moliner. Natividad Moreno oyó decir que María, como los otros niños a los que amamantaba su abuela, permaneció bajo su cuidado durante tres años, aunque otros datos hacen pensar que no fue tanto tiempo. En cualquier caso, fueron unos primeros años fundamentales en la vida de María Moliner, aunque no recordara nada esencial de ese tiempo de bebé en el que vivió fuera de la mirada de sus padres, en una atmósfera sencilla y exenta de caprichos. “Mi abuela decía

que doña María no le dio nada de guerra, que era una santa”, evoca Isabel Cebrián, prima de Natividad y nieta también de Silvestra.

Natividad Moreno cuenta que su abuela, además de alimentar y cuidar a los niños que tenía en casa mientras duraba su crianza, hacía sus labores, salía a los recados o se iba a lavar al río. Algunas veces les daba a los bebés un bizcocho mojado con vino de mistela de la tierra para que se estuvieran tranquilos. Y si tenía que salir durante un tiempo envolvía y sujetaba el bizcocho con una tela fina de batista para que no se lo tragaran. Los primeros años de la futura lexicógrafa fueron plácidos. Sin comodidades, pero dulces.

Su madre, Matilde Ruiz, debía de continuar delicada, como sugiere el hecho de que María pasara los dos primeros años en brazos ajenos. Sus padres y su hermano iban a verla a menudo para hacerle gracias y comprobar cómo crecía, pero en esos primeros meses la niña vivió en esa casa temporal una vida austera de la que apenas retuvo nada. Aunque algo quedaría en ella de aquel ambiente sencillo: cierta capacidad para sobrevivir en tiempos difíciles, un culto inequívoco a la sobriedad.

Poco antes de que María cumpliera tres años, la familia dejó Paniza. El destino final iba a ser Madrid, pero en el intermedio, a finales de 1902, los padres de María se trasladaron a Almazán (Soria), un destino provisional, tal vez unido a un largo periodo de descanso familiar, antes de afincarse en la capital madrileña.

Ya en Madrid, cuando María tenía cuatro años, su padre ingresó como médico en la Marina, buscando sin duda mejor sueldo y nuevos horizontes. Todo indica que Enrique Moliner Sanz profesaba ideas liberales y que deseaba vivir en el progreso que representaba Madrid. No era ajeno a este deseo el empeño de que sus hijos pudieran respirar desde niños el ambiente de renovación pedagógica que propugnaba la Institución Libre de Enseñanza. Él fue al menos el principal responsable de que sus hijos acudieran a la Institución.

La familia se instaló en la calle del Buen Suceso, número 13. Ocuparon el segundo piso derecha y allí nació la hija menor, Matilde, el 7 de julio de 1904. Matilde fue inscrita en el distrito de Palacio. De cualquier modo, hay cierta penumbra sobre los primeros años de los Moliner en Madrid. La figura del padre resulta enigmática. Sobre él pesa una zona borrosa que permite deducir una personalidad inquieta, quizá exploradora y acaso más



apegada a la ensoñación que a la realidad. Una fotografía que reúne en torno a una mesa a la madre y a los tres hijos, destinada a ser enviada al padre, ausente de forma intermitente tras enrolarse en la Marina, lleva al dorso, junto a la dirección del estudio fotográfico donde se realizó –Carretas, 3– la fecha de 1912 con una interrogación. Las incógnitas empiezan con esa fecha no del todo precisa en la que Enrique Moliner Sanz comenzó a alejarse. La imagen en sepia muestra a los niños rollizos y saludables mientras la madre posa con dignidad junto a ellos como ocultando un mensaje de auxilio, una ya inútil llamada de atención al ausente.

Un año antes, en el otoño de 1911, la familia al completo residía en la calle Palafox, número 25, en el piso principal. Desde este domicilio se podía ir prácticamente andando, aunque a buen paso, al colegio de la Institución Libre de Enseñanza, situado en el paseo del Obelisco 8, hoy Martínez Campos, 14 (y durante la Segunda República calle de Giner de los Ríos) al que acudía Enrique y durante un tiempo su hermana María. No se puede descartar que les acompañara el padre al principio y, acaso alguna vez, la madre, si se lo permitía su salud. Solo al principio, porque luego, cuando los chicos crecieron, se aventurarían a cubrir solos el trayecto.

No hay duda de que los hermanos Moliner Ruiz mantuvieron contacto con la Institución Libre de Enseñanza en sus primeros años de vida. Pero así como se conservan documentos inequívocos de la presencia de Enrique en sus aulas, y años después de la de Matilde, apenas quedaba huella documental hasta ahora de que María asistiera al centro de forma continuada. Aunque sí numerosos testimonios. Como si un manto de silencio cubriera esos primeros años de llegada a Madrid. Como si María Juana se hubiera visto abocada, primero de niña y luego de adulta, a estudiar e investigar a solas durante largos periodos de tiempo.

Inspirada en las ideas krausistas que introdujo Julián Sanz del Río en España, la ILE surgió en 1876, a raíz de que algunos profesores universitarios, con Francisco Giner de los Ríos a la cabeza, fueran expulsados de sus cátedras por sus ideas renovadoras. Eran los días de la inestable Restauración canovista, poco proclives a la libertad de enseñanza. Aunque Giner y sus colaboradores soñaban con crear una universidad paralela a la oficial, el proyecto era tan ambicioso que finalmente lo abandonaron. Su ideario, sin embargo, impregnó la vida académica y cultural a través de instituciones afines que dinamizaron el anquilosado sistema educativo.

Pronto surgió el compromiso de impartir sus ideas pedagógicas desde edades tempranas. El propio Giner de los Ríos se puso al frente de este proyecto educativo dirigido a formar a los hijos de familias liberales e ilustradas.

#### MUCHO SILENCIO Y ALGUNAS CONJETURAS

Las conjeturas sobre la presencia de María Moliner en la Institución están íntimamente unidas al acontecimiento, en parte anunciado, que desgarró a la familia. A los pocos años de instalarse en Madrid, la vida del padre tomó un rumbo inesperado. Contratado como médico de barco, el ginecólogo realizó dos viajes a Argentina. Era una época de emigración y los barcos iban atestados de pasajeros abocados a una larga travesía. Muy pronto, sin embargo, Enrique Moliner Sanz iba a convertirse en una nebulosa. Después del segundo viaje, ya no volvió. Corría el año 1912. Se quedó en Argentina sin dar explicaciones y fundó allí una segunda familia. Los Moliner de una y otra rama nunca se conocieron ni se trataron. Vivieron completamente de espaldas y los Moliner españoles se limitaron a asumir la ausencia del padre y a especular con la otra vida que él pudiera haber arrostrado en América.

María admiraba a su padre y no hubo reproches tras su marcha. Pero no debió de ser fácil vivir su ausencia, relacionar el sentimiento de abandono que la acechó por primera vez con las experiencias que pronto tuvo que asumir, marcadas por la responsabilidad y la madurez. No podemos aventurar qué sabía María de aquella ausencia. No parece probable que el padre se marchara de sus vidas de un modo premeditado, pero lo cierto es que no volvió. Y ese hecho inequívoco le cayó encima a la adolescente de doce años que era María. El adiós a la niñez fue fulminante, sin remilgos ni nostalgias. María tenía empuje. Se convirtió en un apoyo seguro para su madre, en una adolescente que debía velar por sus hermanos. Aunque durante un tiempo el padre les siguió mandando dinero, las consecuencias económicas terminaron por notarse de forma inexorable en los cuatro miembros de la familia que permanecían en Madrid. Tuvieron que hacer economías y acostumbrarse a vivir de los ahorros y de ese dinero que llegaba cada tanto de Argentina. Finalmente, hasta esa ayuda trasatlántica se

interrumpió. Un aviso explícito de que todo había acabado entre el padre y su familia anterior.

No podemos aventurar qué información se les dio a los hijos ni si la madre dosificó o endulzó ese abandono inesperado. El silencio a veces se construye con medias verdades y suposiciones y tal vez la madre prefirió ser piadosa con los hijos y con ella misma e introdujo en el relato la enfermedad o la imposibilidad de que el padre volviera. Doña Matilde estaba muy enamorada de su marido y tal vez confió en un primer momento en que regresara, una esperanza que finalmente tuvo que descartar. Eran tiempos de hipocresía social y de convencionalismos y había que encajar aquella ruptura en algún molde. De cualquier modo, Enrique y María, ya en la adolescencia, debieron de comprender que necesitaban avanzar deprisa y ser autosuficientes si querían estudiar el bachillerato y acaso ir a la universidad. El método a su alcance fue dar clases a sus compañeros más pequeños o rezagados. Hay testimonios que avalan que María empezó enseguida a dar clases particulares de Matemáticas, Latín, Historia... Un sistema que debieron de seguir todos los hermanos más adelante.

Este esfuerzo sostenido se hizo bajo una atmósfera de silencio, un velo de discreción. Ni la madre ni los niños debieron de dar muchas explicaciones a familiares y vecinos sobre la partida del padre. Sabían sin saber. Y cuando lo supieron, en cierto modo lo ignoraron. El tema pasó a ser tabú. Sobrevoló sobre ellos un aire de orfandad contenida. Un silencio devastador. Como si aquel padre que iniciaba una vida en Argentina fuera otro. Como si el padre real hubiera muerto. Y quizá alguna vez se diera a entender eso, o alguien así lo interpretara. Tan asumido estaba ese duelo que, muchas décadas después, en una entrevista concedida a Carmen Castro en 1972 para el periódico *Ya*, María Moliner cuenta con naturalidad que su padre murió siendo ella joven, sin precisar más. Ciertamente, se sabe que falleció en 1923, pero para sus hijos ese final se anticipó unos años. La imagen que retenían de él era la de aquel médico de barco que se marchó a Argentina y no regresó.

El padre, en las escasas cartas que enviaba al principio, les pedía a los hijos que estudiaran y que no dejaran de ir a la Institución. Bien podía decirlo, mientras él permanecía en América. Este testimonio apenas difundido lo recogió Consuelo Gutiérrez del Arroyo en el borrador que escribió para preparar su intervención en el homenaje a Moliner que se celebró el 12 de febrero de 1981 en la Biblioteca Nacional, tras su fallecimiento. Finalmente,

lo tachó, al igual que otros párrafos, para reducir el tiempo de su exposición, pero conservó el borrador entre sus papeles. Parece lógico pensar que Consuelo solo podía conocer lo que Enrique Moliner les escribía a sus hijos a través de María o de su propio padre, don Luis Gutiérrez del Arroyo, profesor de Matemáticas en la Institución en los años en los que la frecuentó María. “Mi abuela no podía pagarles un colegio elitista”, reflexiona Carmina Ramón Moliner, hija de María. Duda, por tanto, de que todos los hermanos estudiaran en la ILE. De todos modos, aquel colegio, aun estando en la vanguardia y siendo de pago, no exigía los elevados honorarios que facturan actualmente los centros privados de renombre. Su elitismo era más intelectual que económico y, al implicarse los profesores en la formación de los alumnos, era más fácil adaptar la enseñanza a cada circunstancia. En determinados casos o momentos de dificultades, algunos niños pagaban menos. “O no pagaban”, asegura Elvira Ontañón, presidenta de la Corporación de Antiguos Alumnos. No existen datos concretos que confirmen que esa supuesta flexibilidad económica se aplicara a María o a sus hermanos. Tampoco parece probable que la madre de los Moliner pidiera algún trato especial para sus hijos. Pero no puede descartarse que se lo ofrecieran en algún momento, sin saberlo los propios chicos.

El colegio del paseo del Obelisco tenía unas señas de identidad que lo hacían irrepetible. El aprendizaje activo, la coeducación, la independencia de la religión o la política y el contacto con la naturaleza formaban parte del ideario al que accedieron los Moliner. Años después, en 1918, la Junta de Ampliación de Estudios creó el Instituto Escuela, inspirado en la Institución, de carácter oficial y destinado a suplir la escasa oferta de la enseñanza secundaria. Pero antes, en los años en que María Moliner se formó, no existía más que el genuino colegio de la ILE, el núcleo original. Por su aspecto, no parecía un colegio, sino una quinta familiar rodeada de un amplio jardín. Dentro, en el piso superior del edificio principal, tenían sus respectivas residencias don Francisco Giner de los Ríos, don Manuel Bartolomé Cossío y don Federico Rubio, los principales dirigentes. Manuel B. Cossío vivía allí con su esposa Carmen y sus hijas Natalia y Julia, y con ellos acabó residiendo el fundador de la ILE, Giner de los Ríos, soltero y perfectamente integrado en la familia de su discípulo. Abajo se encontraban las clases y patios y los niños no estaban divididos por etapas educativas estrictas sino por edades. Aunque había parvulario, no todos los chicos

acudían a él ni se incorporaban al centro a la misma edad. Una vez allí, cubrían lo que hoy podría denominarse en sentido amplio una educación básica de calidad, ya que los alumnos mayores podían permanecer hasta los dieciséis años o más y adquirir conocimientos propios de la secundaria o incluso prepararse para la universidad. La Institución no contaba con un programa específico de bachillerato, pero los alumnos que querían sacarse el título podían examinarse por libre en el instituto Cardenal Cisneros. No era infrecuente que algunos de los mayores se limitaran a preparar asignaturas sueltas con los correspondientes profesores, en cuyo caso estaban exentos de pagar la matrícula al colegio.

Hubo siempre niñas matriculadas en la ILE, aunque constituyeran una notable minoría en aquel comienzo de siglo en que Enrique, y durante algún tiempo María, frecuentaron sus aulas. Muchas hicieron historia, al incrementar la incipiente presencia femenina en la secundaria y la universidad. A pesar de recibir una educación similar a la de sus hermanos, algunas se incorporaban un año o dos más tarde que los chicos. No existía sobre ellas la misma presión por avanzar ni idénticas expectativas. Ni siquiera las hijas de Manuel Bartolomé Cossío, Natalia y Julia, cursaron el bachillerato oficial. Su padre prefirió no forzarlas en ese sentido, aunque recibieran la formación propia de la ILE de acuerdo con las posibilidades de cada una. Otros padres, como los de María Moliner, sí eran proclives a que sus hijas obtuvieran el título de bachillerato. Pero no era extraño que algunas, tras una primera inmersión en la atmósfera formativa de la ILE, volvieran a estudiar en casa, bien con maestros particulares o bajo la tutela indirecta de sus antiguos profesores. Eso debió de ser en parte lo que le sucedió a María, y quizá, temporalmente, a Enrique. Solo en parte porque, pasados los doce años, María no pudo permitirse tener profesores particulares, sino que fue ella la que buscó la forma de dar clases a sus condiscípulos para sobrevivir.

Una parte de las alumnas mayores pasaba al final de la adolescencia al instituto Internacional, organización norteamericana dedicada a la educación de la mujer. La sintonía entre los dirigentes de la ILE y Susan Huntington, directora del instituto Internacional desde 1910 (y años antes con su fundadora, la educadora protestante Alice Gulick), favorecía que algunas jóvenes prosiguieran su formación en este centro de alumnado cosmopolita. Además de los cursos de idiomas y de cultura humanística,